



En la taberna del tío Casillas, bajo los soportales del Ayuntamiento, olía a vino peleón por aquellos días. La figura oronda del tío Casillas no pasaba desapercibida. Tampoco la de su mujer. Ni la de la tía Gallega, en cuya tienda del callejón de las plazuelas se dejaba palpar el olor del escabeche. En cambio en la tienda de la señora Teresa, pasado el Arco de San Juan, olía a morcillas a recién echas, ya fuese en invierno o en

verano. La taberna del tío Casillas era un mundo enrevesado de frascas de vino, de latas de conservas y cajas de arenques. La de la tía Gallega una tienda oscura en la que se podían juntar todos los misterios de las tiendas de pueblo. La de la señora Teresa era la pulcritud personalizada a través de una mujer que no pasaba desapercibida, por su luchadora personalidad, y por su constante andar de un lado para el otro, bayeta en mano, limpiándolo todo.

La taberna del tío Navarro, frente a la fragua del tío Juanito, comenzaba a olvidar lo que fue en su tiempo y el tío Navarro comenzaba poco a poco a retirarse. También de ella escapaba el olor del vino peleón, mientras el fuelle del tío Juanito parecía resoplar desde las profundidades de su averno y al otro lado de la calle, en la fragua del tío Bomba, entre las oscuridades de unas paredes cubiertas de negro a base de almacenar una tras otra las capas de humo a lo largo de años, pudieran ser cien lo mismo que doscientos, el golpear del martillo sobre el yunque, con un sonido de campanas en día de fiesta mayor, daba a la estrechez del último tramo de la calle Real un aire de irrealidad.

Y es que tanto las tabernas como las fraguas de Atienza, por aquellos días, esperaban sacar algún que otro rendimiento extra en torno al movimiento pelicularo. No hacía mucho que el tío Casillas había descubierto un succulento negocio, el día aquel en el que aparecieron unos cuantos turistas llegados desde Madrid para visitar las excelencias atencinas, entraron en la taberna y se quedaron prendados con los banquillos distribuidos en torno a las mesas. El tío Casillas presumía de haberlos vendido a quinientas pesetas la unidad, y de preparar nuevas remesas, ya encargadas, a los carpinteros de Galve, por si el aquél...

También el casino, con su aire particular de sala de recreo para la alta sociedad parecía remozarse con una pasada de pintura a sus paredes, aunque continuase manteniendo el mismo aire del siglo XIX, con la pianola embarrancada en las últimas fiestas, los veladores de mármol navegando entre las mesas de juego, y el tío Liborio